

VIDA EN COMÚN

Introducción

Cada comunidad religiosa tiene sus propias reglas y esquemas de comportamiento. Nos definimos gracias a la pertenencia a nuestras comunidades. Nosotros Benedictinos de la Congregación tal, y de tal monasterio. Pertenecer a una comunidad es conocer, asimilar, identificarse. Pertenecer es definirse. Por lo cual cuando una persona está al margen de la comunidad, tendrá que preguntarse si no está fuera de lugar. Además en la vida religiosa, en el grupo religioso se da una característica que no se da en un grupo laico: no es autogestionario, sino participativo.

Un grupo **autogestionario**, es aquel grupo que es capaz de definir y cambiar sus metas y objetivos. Así por ejemplo una empresa, una fábrica cambian de artículos de producción, según la rentabilidad.

Sin embargo un grupo **participativo**, como es una comunidad, es aquel cuyas metas y objetivos están cerrados. Es cierto que cabe la posibilidad de hacer mejoras, discutir sobre las aplicaciones o enriquecerlos; pero hay una serie de principios básicos inamovibles. Se participa de esas metas, de esos objetivos, de su desarrollo, de su cumplimiento, pero no se pueden cambiar. El grupo religioso es participativo, no autogestionario.

Somos monasterios autónomos, pero no podemos cambiar las constituciones, que tienen unas metas y objetivos: santificación, comunidad, gloria de Dios, contemplación, Liturgia, lectio divino. Estas cuestiones pertenecen al carisma y la misión de la comunidad de manera que siempre es posible mejorarlas, pero nunca pueden ser desechadas, ni transformadas hasta el punto de que sean irreconocibles.

Otra cosa importante en este sentido es que hay que conocer bien la historia de la Orden, la historia de nuestra congregación, de nuestras casas, las Constituciones, su patrimonio, para poder tener en cuenta y distinguir correctamente el carisma y la tradición, o patrimonio espiritual, dicho de otro modo el enriquecimiento sucesivo del carisma en los años, en los siglos. Una orden o congregación, por tanto, tiene su patrimonio espiritual que, en parte, va unido a su historia. Y hay que conocerlo, porque eso es una gran riqueza.

Las Normas en la comunidad

Las normas son los medios que se da el grupo humano, (la comunidad) a sí mismo para cumplir con su metas y objetivos; estas normas siempre aparecen como elementos dispuestos a ser mejorados y a la adaptación. Todo lo que son normas del grupo, se podrán mejorar, pero que tiene que haberlas. Las normas no están puestas porque sí, o para fastidiar.

Las normas, la disciplina del grupo tienen que responder a las metas y objetivos que, con el tiempo se va viendo qué es lo mejor en tales circunstancias, y qué cambios se han de hacer; cambios que nunca han de estar a merced de ningún capricho arbitrario.

Hay gente que dice: “A mí, ¡como no me gusta... como no me interesa tal norma, pues no lo cumplo”. Hay que recordar que no puede uno estar aquí (una comunidad) para hacer lo que le da la gana. Cada comunidad tiene sus reglas y hay que respetarlas;

cuando no sean viables habrá que cambiarlas, pero mientras tanto a algo debemos atenarnos. Es fundamental pertenecer a la comunidad (al grupo) y actuar dentro de las reglas del grupo. Un buen pianista o violinista, por muy genial que sea, si toca en una orquesta ha de atenerse a las normas de la música, pues si hace lo que le da la gana en la orquesta, pues no será una sinfonía sino todo lo contrario.

MOTIVACIONES SUFICIENTES Y ADECUADAS (en una comunidad)

Cada grupo tiene su tipología. Un grupo religioso (una comunidad) tiene su estilo, tiene también su mística. Es decir que en el grupo religioso entra el ser sobrenatural, es decir la dimensión sobrenatural determinada por el carisma. Es el momento de analizar la motivación que lleva a todos los miembros del grupo a pertenecer al mismo. Así la motivación es suficiente y adecuada cuando realmente, me hace sentir al grupo, vivir al grupo, defender al grupo, comprometerme en el grupo.

Dicha motivación es la que nos permite: convivir, compartir, responsabilizarme. Asumir cargos y cargas. Procurar relacionarme con todos (con cada uno como pueda). Contribuir a crear un clima de entendimiento, de alegría, de ilusión en la pertenencia a esta comunidad. Favorecer y potenciar todo lo positivo del grupo. Poner mis aptitudes personales, mis posibilidades al servicio del grupo. Defender a mi comunidad, cuidar su nombre, su imagen; que mi actuación no empañe el nombre y la imagen de la comunidad.

No suceda que cada vez que salgo del grupo salgan conmigo todos los cuentos, (los trapos sucios). Lo malo que en tales casos no se cuenta lo que pasa, sino la “versión según le vaya a él la feria”. Es esencial que seamos discretos y que sepamos guardar las espaldas a la comunidad. Si tienes que decir algo, díselo a la persona interesada. Tenemos que resolver el problema en el grupo. “Los trapos sucios se limpian en el grupo”.

La motivación además de suficiente ha de ser adecuada; pues si entro en un grupo religioso, de corte sobrenatural, mi motivación tiene que ser de fe, pues así, si alguna vez detecto algún fallo humano, seré capaz de agarrarme a esa fe y perdonar, comprender, aguantar y esperar. Pues no es lo mismo hacer una lectura puramente humana, que una lectura sobrenatural. La solución no es igual resolviendo los problemas con criterios puramente naturales, que con criterios sobrenaturales, que los llevo a la oración.

Por esto cuando uno está bajo, tristón, hay una pregunta que es inefable: ¿Cómo va la vida de oración, cómo va la vida de fe, cómo cuidas la vida sobrenatural.

Vida en comunidad, vida en relación

En las comunidades hay muchas rencillas, que no están exentas de justificación; pero hay que hacer un alto en el camino y preguntarse desde dónde nos estamos planteando la relación con esa persona y con el resto, cuáles son las expectativas en la comunidad. Pues si las expectativas están mal planteadas los disgustos, las decepciones y las frustraciones serán continuas. No es que la comunidad falle, es el individuo el que falla.

La cuestión es saber cómo crear las condiciones adecuadas para generar una relación. ¿Cuáles son las condiciones, las características por las cuales hemos de luchar? Llegar a tener un tipo de personalidad que esté situada en la dimensión espiritual de la persona. El ser humano tiene tres niveles en su personalidad: nivel social, nivel relacional, nivel psicológico; los niveles social y relacional dependen de nivel psicológico. El nivel psicológico es como la infraestructura de la personalidad, a través de la cual, la personalidad se manifiesta y asimila lo que viene de fuera, es decir recibe cosas y manifiesta cosas.

Quien no se conoce, ni se acepta, ni se encuentra consigo. Y tampoco será capaz de encontrar a nadie con quien compartir sus experiencias, porque no sabe qué compartir. Problema de interiorización, de identidad personal, de aceptación de uno mismo, de ser capaz de llamar a las cosas por su nombre.

Nivel espiritual, me aporta estas características:

Integración. Alguien bien integrado consigo mismo está bien motivado, con confianza en sí mismo, y por ello, dispuesto a luchar con realismo, con autonomía ante su propia persona, ante los demás y ante los acontecimientos. Persona bien integrada es autónoma (ante sí, no se deja influenciar fácilmente), es asertiva (sabe situarse ante los demás y disentir si hace falta) y es libre (no se deja manipular por los acontecimientos).

Persona libre. Es decir que se enfrenta con la realidad críticamente, que se mueve por la verdad y el bien, que no se deja vencer por los miedos y no se enroca en sus decisiones, que es capaz de desprogramarse. La expresión: “siempre se ha hecho así”, puede ser un craso error; hay que analizar si las viejas rutinas y costumbres se amoldan a los nuevos tiempos y a las nuevas necesidades de la comunidad, pues esta fidelidad a la norma puede acabar en una infidelidad al carisma. Los que no son capaces de cambiar sufren de “comodidad” o “cobardía” o “instalación”, actúan como máquinas programadas y no reconocen que hay cosas que ya no sirven. Una persona no es libre cuando se instala en su torre, cuando está demasiado programada y no es capaz de desprogramarse, es esclavo de sus propios esquemas. Cualquier forma de esclavitud supone una ausencia de libertad. La buena relación no es un punto de llegada, es un punto de partida, hay que mantenerla, cuidarla día a día para que pueda identificarse con la libertad.

Persona inculturada y creativa. Persona que conoce la cultura en la que está, sabe evangelizarla y transformarla, asimilándola y purificándola de elementos negativos del ambiente; (luchar contra el hedonismo, erotismo, libertinaje, secularismo (aunque se ha de valorar lo secular). Vivir en el mundo que nos ha tocado pero sin dejarse arrastrar ni por la rutina, ni por el conformismo, ni por la desesperanza; pero analizando, evangelizando; ocuparse para “bien vivir”, no solo prepararse para “bien morir”.

Persona capaz de amar. Amar con un amor maduro y gratuito, capaz de generar amor en los demás. Procurando relacionarse con cada persona al nivel que convenga, del mejor modo que pueda, asumiendo que hay personas con las que no podemos tener un nivel alto, sino simple cortesía, educación. El amor maduro supone superación del deseo infantil de posesión o fusión, aceptando la alteridad diferenciada del otro, pero con profundo sentido de pertenencia, es decir que acepto mi grupo, mi comunidad con todas sus consecuencias y me entrego a ella lo mejor que puedo, pase lo que pase.

La mayor parte de las dificultades de relación son problemas humanos sin resolver. No es lícito echar las culpas a los demás, a la comunidad. Esto supone un punto falso de partida a la hora de afrontar los problemas, ya que no son solo los demás los que hacen mal las cosas y todo puede venir dado por la falta de generosidad, tolerancia y comprensión propias.

ESTADOS QUE DIFICULTAN LA COMPRENSIÓN DEL OTRO

Los miedos. El miedo no es tanto el temor a un mal futuro que me pueda ocurrir, sino “el olvido de las propias posibilidades de ser y actuar”. Toda persona tiene capacidades, cualidades, posibilidades. Pero cuando se tiene miedo parece que la persona se olvida de todo (capacidades, cualidades, posibilidades) y no sirve para nada, se siente impotente. Si no hago más que dudar de mí, veo enemigos por todas partes.

El miedo me quita la confianza en mí mismo y, ante esa desconfianza y esa inseguridad, veo enemigos por todos lados, porque en realidad, proyecto mi propia impotencia.

La timidez. El tímido es una persona que vale, que tiene cualidades y lo sabe; pero porque lo sabe, tiene pánico al ridículo, al fracaso. Sabe cómo hay que hacer las cosas bien, pero le horroriza pensar que no le salgan bien.

Los tímidos suelen ser muy inteligentes y muy analíticos, lo malo es que siempre empiezan a escudriñar todo lo negativo que puede ocurrir. (P. e.: no decir las cosas “me da vergüenza...”)

Acomplejado. Hombre inmerso en un mar de dudas sobre sí mismo y no cree que pueda llegar a hacer nada; es pesimista; no es capaz; le gustaría pero no se atreve... Si el acomplejado no afronta sus miedos, cada día se creará más inútil, se irá encogiéndose y apartando del mundo real al tiempo que crea su pequeña guarida para resguardarse de aquel. ¿Cómo interpreta el acomplejado la realidad? Pues, desde sus complejos, de sus inseguridades, desde su pesimismo. ¿Qué piensa de los demás? Que piensan mal de él, que no le valoran, que no le aceptan y, esto cada vez más, hasta que llega un momento que eso no hay quien lo aguante. En los monasterios encontramos casos de este tipo, como los que dicen: “si yo pudiera me iba, pero como no puedo, aquí me quedo. ¡Que me aguanten!”

Frustrados. Las personas que han hecho un proyecto o proyectos y han fracasado, le ha salido mal, sea por culpa propia o ajena. Los imprevistos ocurren hay que estar preparado para afrontarlos, pensad que si tenemos que luchar por el éxito, es porque de entrada no es tan fácil como puede parecer. Así que es normal que podamos fracasar, lo malo es la persona que no acepta su fracaso, que no lo asume. No hay quien lo aguante, porque tiene conciencia de fracaso y es un fracasado.

Los fracasados son personas a las que se les agria el carácter, y acaban volviéndose agresivas, buscando culpables de sus desgracias. Por todos los lados ven enemigos que se ríen de su fracaso, que se van a meter con él, que no lo aceptan, que no le ayudan... proyecta, como el miedoso, su conciencia de culpabilidad y de fracaso en todo lo que

hace. No se atreve por sí... “Eso es lo que quieren, que yo lo haga para reírse de mí cuando no funcione nada”. Y si no le encomiendan algo, dirá: “claro, no se fían de mí” En etapas de formación es frecuente oír a las personas formandas: “es que el Maestro no me llama”. ¿Y por qué no vas tú? ¿No sabes ir?

Si proyectamos nuestras frustraciones a todo lo que nos rodea la realidad se presenta teñida de negro y de desesperación.

La frustración puede llevarnos a renegar de la amistad y el amor y eso es un camino equivocado. No se debe generalizar pues si una vez han salido las cosas mal, eso no significa que no haya que fiarse de esa persona.

Inadaptados. Existen personas inadaptadas en las comunidades, son aquellas que parecen no saber encajar y no entienden la vida en comunidad, porque sus tareas no les gustan. Tienen ambiciones no satisfechas, no se aceptan tal y como son y no son capaces de pararse a pensar y llamar a las cosas por su nombre. No se adaptan, no están en la realidad. Pretenden que la comunidad funcione a partir de sus esquemas, quieren que las cosas se hagan a su modo... Concepto de la comunidad ideal (convivir el lobo con el cordero; el león con el ternero); ideal por el que hay que luchar, pero lo normal es que haya roces y que cueste armonizar la convivencia, pues no todo el mundo tiene la misma forma de ser.

Los inadaptados están fuera de la realidad (p. e.: la persona mayor que no acepta su edad y las dolencias que ésta conlleva; con visitas continuas al médico para que le quiten los dolores. Los médicos podrán quitarle algún dolor, pero no los años).

Los inadaptados son personas que no aceptan la realidad, y pretenden y quieren que la realidad se adapte a él; olvidan que es la persona la que tiene que adaptarse a la realidad. Está la opción de luchar para que las cosas cambien, pero antes hay que poder situarse bien dentro de ellas para poder modificarlas desde el interior.

Renovar una comunidad, (y hay que renovar y luchar por los cambios que sean para bien), no es cosa de un día. Los procesos de grupo son mucho más lentos que los procesos individuales. Pues en las comunidades hay gente joven, de mediana edad y mayores. ¿Qué ritmo se ha de imponer?

Persona inmadura afectivamente.

La persona inmadura afectivamente no va del sentimiento al discernimiento, sino del sentimiento a la decisión sin discernimiento. El sentimiento no tiene capacidad discernimiento, ni capacidad crítica.

La persona inmadura es insegura, voluble, inestable, incoherente y por tanto poco fiable. Lo que dice ahora, dentro de un rato, lo habrá cambiado; lo que le apetece ahora, dentro de un rato no le apetece. No es fiable y menos en el ámbito de las relaciones, porque la persona inmadura busca un apoyo, alguien a quien manipular, poseer y dominar en exclusiva (Por qué has ido con este/a en lugar de él/ella. Que si me miró o no me miró...).

Este tipo de gente se siente incomprendida. ¡No me hacen caso, no me quieren!

Cierto que a veces se comenten verdaderas injusticias dejando de lado a algunos miembros de la comunidad. Supongamos que ha habido una injusticia en el trato, lo

primero que hay que hacer es no venirse abajo, y poner las cosas en su sitio, sin actuar instintivamente, pensar en frío lo que vamos a decir y luego exponerlo con confianza. No caer en menosprecios, ni en sentimiento de derrota, además que ¿intentan despreciarte?, ni caso, “porque no ofende el que quiere, sino el que puede”.

Solipsismo psicológico

Esto significa: orientación de la vida de modo unilateral, en una sola dirección, de una sola manera. Centrarse en un determinado tipo de interés o intereses, prescindiendo o no atendiendo debidamente a otros. Esto se puede dar en personas normales, sin ninguno tipo de patología.

Pero se dan casos donde hay trastornos, como el del fanático, que es una persona que realmente patologiza la dedicación a algo. El fanático pierde la capacidad de discernimiento; pero también hay otros tipos de actividades, en las cuales nos podemos centrar con capacidad de discernimiento. Por ejemplo: un empresario... la empresa... la empresa (¿Y la familia?). El político.... Y el religioso: el trabajo... el trabajo... el estudio... el apostolado. ¿Y la oración, y la formación, y la relación con los demás, y la vida de comunidad, y la acogida al hermano, y el tener tiempo suficiente para reunirse con serenidad? Tenemos tanto que hacer, tanta actividad, tantos compromisos, que no tenemos tiempo para rezar. Problema grave de la vida contemplativa es que el *labora*, con frecuencia se come al *ora*.

Por terminar alguna cosa, algún trabajo, llego tarde al rezo o no voy, o no llegó a la recreación por terminar un trabajo del banco, del obrador, o por un compromiso de no sé qué... Un día no pasa nada, pero no cuando es lo habitual.

Y el tiempo de la lectio divina y de la celda se ocupa en otras cosas. Uno va a la oración porque no tiene más remedio, pero preferiría seguir trabajando.

Orientamos la vida en una sola dirección, ya sea dentro de la vida contemplativa, ya sea dentro de la vida activa. Todo el mundo habla de formación, de cursos, de cursillos. Se ponen los medios y después no acude nadie diciendo que no puede. ¿Qué significa? Que en teoría, sobre el papel, nadie niega los valores, pero, a la hora de la verdad, está tan centrado en otras cosas, que no tiene tiempo para atenderlos; entonces como los valora y no tiene tiempo, llega un momento en que se queda sin ellos y la dedicación que tiene a otra cosas, le lleva a preguntarse ¿Y yo para que estoy aquí?

Hay que poner cada valor en su sitio, dedicándole el tiempo, la atención, los medios que se merece, al menos en el conjunto. Porque sino al final el trabajo se come al religioso; sí hace oración, pero la hace materialmente.

En la vida religiosa, que es la que nos interesa a nosotros, cuando nos descuidamos, lo pagan siempre cuatro cosas: el descanso, la oración, la relación y la comida. Si lo paga la oración, la relación, qué pintamos aquí. Si encima no descanso y no me cuido la salud y como deprisa, corriendo, acabamos con el estómago mal, los nervios que no podemos con ellos. No me relaciono, pero sí “bufo”. Y puede seguir la pregunta: ¿pero qué pinto aquí? Y viene el vacío, la desilusión, la angustia, la tristeza, la desesperanza.

Tenemos un esquema mental claro, pero a veces en la vida real vivimos otro.

Hay otro solipsismo que es peor, aquel que centra sus relaciones en una sola persona. ¡Que hay más gente en la comunidad, y más cosas que hacer, que relacionarse!

Cualquier tipo de relación que nos impida una vida serena, una vida equilibrada, dando a cada cosa su tiempo y a cada tiempo su cosa, no está bien enfocada. Así que por exceso o por defecto me puedo cargar la vida de relación. El problema es que cuando me cargo la vida de relación, no solo me cargo ésta, sino que me llevo más cosas por delante. Por eso hay que tener un esquema de vida bien definido, bien programado y bien ejecutado, que responda a mi *vocación monástica*.

RELACIONES INTERHUMANAS INSUFICIENTES.

Interhumanas, no interpersonales. No son de persona a persona por eso son insuficientes. Hablamos de relaciones interhumanas insuficientes cuando tratamos al otro como un objeto y no como una persona. Nos podemos llenar la boca hablando de personas o de seres humanos, pero cuando nos relacionamos cosificamos al prójimo. No nos referimos a la teoría, sino a los hechos, a la práctica diaria de nuestras relaciones.

Características del objeto: abarcabilidad; acabamiento; numeralidad; cuantificación, Indiferencia.

Abarcabilidad.

Abarco al objeto, lo defino: estatura, color, tamaño... A la persona la podemos definir por sus rasgos físicos, nivel intelectual. Lo mismo que del objeto, de la persona puedo dar un conjunto de datos; pero no habré dado aquello que la define realmente, esto es, su intimidad, su dignidad de persona.

Con frecuencia al describir a alguien asumimos un tono funcionalista: vale para esto, no vale para lo otro, o me sirve para esto, no me sirve para lo otro. Cuántas veces en el lenguaje religioso, con la mejor buena voluntad, se dice a un superior: es que el monje X o el hermano X no me sirve para... O sea que la razón principal de ser de la persona en la vida religiosa y en la comunidad es que me sirva para...

Esto no significa que no debemos velar por la correcta orientación de cada uno de los miembros de la comunidad. No nos referimos a eso; aquí nos referimos a que no debemos quedarnos solo con una serie de datos sobre la valía de una persona cuando pretendo hablar de ella, no puedo perder nunca de vista que es un ser humano, y que solo por eso se le presupone una dignidad y larga lista de valores que se derivan de la misma. ¿Por qué voy al hermano X, o por qué no voy, por qué me acerco al hermano A? ¿Cómo persona o en la medida que me interesa, me sirve, le voy a pedir algo? Muchas veces vamos no por ellos mismos, sino por el provecho que podemos sacar; en este momento es cuando lo considero como un medio o un instrumento para un determinado fin.

Tampoco exagerar esta postura pensando que instrumentalizamos a todo a aquel al que vamos a pedir un favor. La cuestión es que no nos podemos quedar solo ahí, porque una persona es más que sus cualidades.

Acabamiento

Un objeto es una realidad acabada: una mesa, silla... Sin embargo una persona no es algo acabado, está siempre haciéndose. Un objeto en el futuro no podrá demostrar algo

distinto de lo que ya está aquí en él. Una persona está siempre por terminar, creando nuevas opciones, posibilidades, nuevas formas. ***

Por tanto cuando se da a alguien por perdido, porque estamos seguros de que no puede cambiar su actitud o manera de ser, realmente lo estamos tratando como si fuera un objeto. Cuando no somos capaces de dar una oportunidad y no ponemos los medios para que el otro encuentre las condiciones favorables de crecimiento y desarrollo personal estamos cosificándole; el mismo trato nos damos a nosotros: “yo soy así..., siempre se ha hecho así...”.

Numerabilidad

Solo los objetos pueden ser contados, sumados. Somos una comunidad de 8, de 15, 25, etc. Sí pero cada uno somos distintos; y distintas las comunidades aunque tengamos el mismo número. Las personas son innumerables porque no son cuantificables, cada persona es distinta, tiene su propia dinámica, estilo, idiosincracia. Consecuencia es que no podemos tratar a todas las personas de la misma manera, ni orientar de la misma manera, ni pedir lo mismo. A veces ponemos un esquema y todos por ahí, por el mismo rasero, incluso dentro de cuestiones de formación. En comunidad tratar a cada persona teniendo en cuenta cómo es, qué tipo de personalidad tiene, no imponiendo una serie de esquemas comportamiento que a mí me parecen buenos. El trato justo para todos supone que a cada cual se le pida y se le trate en proporción con lo que es y puede.

Cada uno somos distintos y es algo que no debemos olvidar cuando nos relacionamos con los demás. Esto parece fácil, pero es lo más duro de la vida de comunidad.

Cuantificación

Los objetos son comparables entre sí, “este vale más, ese vale menos...” Las personas son incomparables, como se trata de seres cualitativamente distintos, no hay opción para hacer comparaciones. Comparar a una persona con otra es *anularla*; querer que sea como otra es anularla. Porque si quiero que sea como la otras, porque la otra es la buena, lo que le estamos transmitiendo es que ella es la mala, que no es válida.

En otro tiempo el carácter del superior es el que se imponía dentro de la comunidad (serio, alegre, robusto, estómago a prueba de bomba...) Una cosa son los valores que hay que *encarnar*, y otra cosa es el *modo* como cada cual los encarna.

Cada persona es un valor en sí misma, cualitativamente distinta. De modo que las personas son incomparables y no se puede poner a nadie como punto de referencia. Debemos, eso sí, alabar los valores morales y espirituales de una persona, pero nunca sus cualidades; pues cada persona es cualitativamente distinta, incomparable.

Veamos ahora cuales son los tipos de relación insuficiente, que toman a prójimo como objetos: el otro como obstáculo, el otro como instrumento, el otro como nadie, el otro como objeto de contemplación.

El otro como obstáculo.

El otro me obstaculiza cuando le tomo como algo que se interpone enojosa y de manera perturbadora en el camino de mi vida. Por e.: vas por la fregona y se la ha llevado

alguien que no acaba nunca; o te encuentra con una persona lenta, calmosa, no de deja adelantar en un pasillo, o que no termina de comer y quieres salir, o que se toca la campana antes, o los que se levantan antes... Obstáculos de todos los días, sin mayor complicación. Pero como tenemos una vida en común acaban siendo muy molestos los pequeños descuidos de los miembros más despistados de la comunidad: luces encendidas, puertas y ventanas abiertas (portazos en la noche, siesta), corrientes; alarmas, el gato, el perro, el pájaro que a algunos les gustan y a otros les molestan. Obstáculos tontos, ridículos, simples, y la cantidad de “berrinches” que se puede uno coger; y sobre todo porque los causantes de los ruidos. Estas cosas no tienen importancia, molestan, fastidian.

Pero hay otras formas más complejas que se gravan interiormente. Por ejemplo cuando otra persona ocupa el puesto, el lugar, las amistades, el cariño que a mí me gustaría y aparecen los celos, las envidias, la conciencia de injusticia y de victimismo. A veces pueden ser situaciones reales, pero también ocurre que sean imaginaciones de la persona sufriende y lo viva como una afrenta (“que a mí no me hace caso y se va con otro..., que si le han votado al otro..., por no sé qué..., porque ha hecho campaña..., porque la tienen tomada conmigo...”). La otra persona ocupa el sitio, el lugar, la amistad, la relación, el trabajo, tiene los votos, se fijan en ella, lo eligen; a mí no me votan, ni me lo dicen...

Que técnicas utilizamos ante el obstáculo: asesinato físico, personal, o simple evitación.

Asesinato físico. La violencia en nuestras comunidades no es física, pero sí verbal. Y no estamos respondiendo a lo que el otro nos ha hecho, sino que estoy sacando lo que tengo dentro contra el otro, que no es lo mismo. Cuántas veces tomamos motivo de una tontería, para armar un follón. Asesinato verbal: decir las cosas contra una persona y detrás de ella; murmuración, falso testimonio, deformación de la realidad, crítica injusta, estar pendiente del fallo.

Asesinato personal. Se basa en el arte de difamar, en la ridiculización de la persona siempre que puedo, en no decir su nombre, en ocultarle información, en tenderle pequeñas trampas, en buscar pegas a los que haga, en levantar sospechas, en criticarla “eso sí con mucha caridad”: “me da mucha pena la pobre, debería hablar con la abadesa, en fin me remuerde, pero creo que tengo la obligación de decirle...”. Todo un montaje para dejar en mal lugar al otro, de hacerle daño.

El otro como instrumento. Instrumento es algo de lo que me valgo para realizar mis propios fines, y solo lo utilizo, lo valoro en esa medida. Cuántas veces acudimos a los hermanos solo en la medida en que me sirven e incluso me fastidian cuando no me valen; para hacerme un favor, para ayudarme en tal cosa, y me considero con derecho a ello y lo exijo con vehemencia, (por. e.: pasar cosas al ordenador; es que la comunidad lo necesita; o en el trabajo comunitario que no llegan a tiempo, se saltan los turnos; le toca entonar y se duerme; visitas en horas extras; o utilizar al compañero para decir lo que yo quiero (aquí callarse no es virtud sino cobardía; o el superior/ra que solo piensa en la misma persona para trabajos...))

Sea en el trabajo o en las actividades cotidianas, en una cosa que necesito, o en la misma vida de relación, como en nombre de la amistad, yo soy el dueño. Tiene que

estar conmigo y solo conmigo. Y si no está conmigo y solo conmigo, no veas la que se monta. Aquí aparecen los celos, las envidias... con todo lo que esto supone: agresividad, violencia, insultos.

El otro como nadie

Convertir al otro en nadie supone prescindir de él como si no existiera. Nos comportamos como si no fuera alguien que vive a mi lado, lo ignoramos hasta hacerlo desaparecer; ni le mencionamos, ni le visitamos.

El otro como objeto de contemplación.

No se trata de admirar a una persona, de valorarla por sus cualidades; sino por el interés que sus cualidades tienen para mí; le alabamos por su prestigio, por su poder. Preguntarse: qué es lo que valoramos de aquellas personas de las que nos rodeamos, ¿el ropaje, o a la persona? Cuando el otro deja de tener poder, pierde cualidades, se va haciendo mayor, enfermo, ya no le hacemos caso; en verdad antes tampoco le hacíamos caso, solo íbamos a él por conveniencia. Le admirábamos o valorábamos, pero no le amábamos. Preguntarnos qué tipo de relación mantenemos con los miembros de nuestra comunidad (es decir la relación mía con los otros, no la relación de los otros conmigo).

Indiferencia.

De objeto decimos, se acabó, o se rompió; pues me compro otro de repuesto; algo parecido podemos decir de nuestros hermanos.

VERDADERAS RELACIONES INTERPERSONALES

Características de la persona

Inabarcabilidad, porque de la persona siempre surge algo nuevo, enriquecedor,.

Incabamiento, crea nuevas posibilidades; es llegar a poder ser lo que antes no podía. La persona es unabarcable (El hermano X es así y se acabó; o yo soy así y no puedo (en ocasiones queremos decir: me cuesta, no me atrevo, tengo miedo); y al final podemos.

Innumerabilidad. La persona es única, irrepetible. Nadie sirve de modelo para nadie.

No cuantificable. La persona en cuanto a la dignidad, ningún hombre es más que otro. La distinción viene dada por la dimensión psicológica, porque tenemos características distintas, por eso somos únicos; y en ámbito sociológico, porque teniendo incluso hasta las mismas cualidades y el mismo cargo, cada persona lo ejerce de una manera diferente.

No indiferencia. Una persona no es indiferente. Su puesto no lo puede ocupar nadie. Podrá ocupar otro, pero el suyo no. Lo que no significa que haya otra persona que me dará otras cosas, pero lo de ella, no. Cuanto más periféricamente me sitúe en la relación con el otro, menos lo valoraré y más indiferente me resultará, porque su capa externa sí que puede ser algo que comparte con el resto; pero su riqueza interna y espiritual no es sustituible.

P. Lorenzo Maté
Abad de Silos